

SERMON

DE LA

SANTISIMA VIRGEN DE GUADALUPE

PREDICADO

EN SU INSIGNE COLEGIATA

POR

MONSEÑOR DR. D. AMBROSIO LARA,

Protonotario Apostólico de Su Santidad,  
Canónigo de esta Santa Iglesia Metropolitana,  
y Provisor del Arzobispado

EL DIA 12 DE DICIEMBRE DE 1893.

---

Publicado por el V. Cabildo  
de la misma Colegiata.

---

BT660

.G8

L3

c.1

MEXICO

LA GUADALUPANA DE REYES VELASCO,  
CALLE DEL CORREO MAYOR NUMERO 6.

—  
1893

286

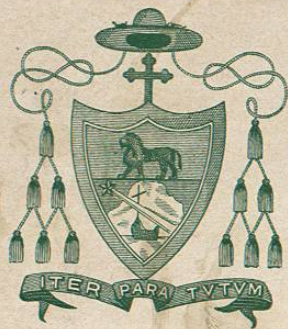
BT660

.G8

L3

C.1

005286



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



1080026915

SERMON

DE LA

SANTISIMA VIRGEN DE GUADALUPE

PREDICADO

EN SU INSIGNE COLEGIATA

POR

MONSEÑOR DR. D. AMBROSIO LARA,

Protonotario Apostólico de Su Santidad,  
Canónigo de esta Santa Iglesia Metropolitana,  
y Provisor del Arzobispado

EL DIA 12 DE DICIEMBRE DE 1893.

Publicado por el V. Cabildo  
de la misma Colegiata.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Fondos Valverde y Tellez



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

MEXICO  
IMPRENTA GUADALUPANA DE REYES VELASCO,  
CALLE DEL CORREO MAYOR NUMERO 6.

1893

42413

BT660  
158  
L3



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria



Charitate perpetua dilexi te.  
Ideo attraxi te miserans.

Con perpetua caridad te he amado. Por  
eso te atraje con misericordia.

JEREM. 31. V. 3º

Ilmo. Señor Arzobispo, V. Cabildo de esta In-  
signe Colegiata, hermanos míos en Jesucristo:

**E**L culto edificante y asídúo que la mexicana  
gente rinde con tanta devoción á la Beatísi-  
ma Virgen del Tepeyac, es hoy más espléndido que  
los otros días del año por ser el fausto aniversario,  
conmemoración simultánea de sus apariciones en es-  
te contiguo peñasco, y de su milagrosa permanencia  
en la imagen que tenemos á la vista. El eco de sus  
alabanzas y unísonas armonías resuena en nuestros  
templos, desde la gran Basílica Metropolitana hasta  
las ermitas de los caminos, donde el transeunte la sa-  
luda llena de gracia y coloca en sus aras una flor  
consagrada á su memoria, y hasta en las capillas ó  
altares que en el extranjero le han dedicado nuestros  
ausentes compatriotas. Séanos lícito, sin embargo,  
aspirar á que su festividad se haga con más esplendor  
en este Santuario, á que da lleno su augusta pre-  
sencia.

005286

Su culto está garantido no sólo por la tradición de los siglos posteriores al glorioso acontecimiento, y por la autoridad indeclinable de la Santa Sede, sino por el mismo Dios, que por medio de milagros ha dado seguridad á nuestra piadosa creencia.

Esta tradición es un hecho comprobado por la invocación de su auxilio en nuestras necesidades, tanto públicas como privadas: ha servido de poderoso resorte para mover las fibras del sentimiento pátrio, al izar por primera vez el lábaro nacional con que fué iniciada la colosal empresa de nuestra emancipación política; y se acredita con la santa y laudable emulación entre Pastores y fieles de las diócesis, que en numerosas romerías no cesan de venir á tributarle sus homenajes. No es menos cierta la aprobación del Vicario de Jesucristo, que con toda oportunidad ha ido acentuando más clara su voz en este sentido, á comenzar desde el sabio Pontífice Benedicto XIV, hasta el insigne León XIII que actualmente ciñe la tiara; ni pueden racionalmente ponerse en duda los continuos milagros que obra Dios por medio de esa portentosa efigie.

¿Pero serán estos los puntos que hoy deban ocupar nuestra atención? Podría encerrar dentro de los límites de un breve discurso los grandes tesoros de enseñanza que abraza cada uno de ellos? Confieso ingenuamente la desproporción de mis fuerzas con el desarrollo de tan elevados pensamientos, pensamientos que dicen relación con el dogma y prerogativas de la Virgen María, en su carácter de Madre de Dios y Madre de los hombres.

Sea, pues, otra la idea que os proponga meditar, que si bien se funda sobre esos conceptos, me parece más á propósito para conservar fija vuestra atención y para vigorizar más vuestra piedad hacia nuestra Augusta Patrona.

¿Cuál sea esa idea? Voy á exponerla sin más preámbulos de la manera siguiente: Así como Jesucristo ha ejercido en el universo, por su divino carácter de mediador, la más grande atracción unitiva al presentar á la divinidad las adoraciones de toda la creación, como Pontífice universal de ella; así también, aunque con la debida proporción, la Virgen Santísima al adoptarnos por hijos en el Tepeyac, ha tenido la dignación de asumir en favor nuestro el amparo más eficaz y mediación más honorable, ejerciendo en nuestro corazón un atractivo irresistible, que nos somete al dominio de Dios.

Presentar con elocuencia un cuerpo de doctrina que llene nuestras aspiraciones y estimule nuestra piedad hacia nuestra Patrona, es mi deseo, si bien me excusa de extenderme la brevedad del tiempo, que por las circunstancias especiales de este día, conviene reducir.

Procuraré, sin embargo, bosquejar el cuadro á grandes pinceladas, sin detrimento de la claridad, para no ofuscar la grandiosa figura que debe aparecer en el centro.

Y para interesarla en nuestro favor recitemos en su presencia las palabras con que en Nazareth la saludó el Arcángel.

AVE MARIA

---

Charitate perpetua dilexi te.  
Ideo attraxi te miserans.

Con perpetua caridad te he amado. Por  
eso te atraje con misericordia.

JEREM. 31. V. 39

El que todo lo puede por su Omnipotencia y todo lo dispone fuerte y suavemente con su sabiduría infinita, al ir preparando al hombre, para recibir progresivamente el conocimiento del inefable arcano, oculto en el seno de la divinidad antes de los siglos, anunció por el profeta Isafas, que crearía una nueva tierra y cielos nuevos, con el fin de constituir y adornar el imperio y morada régia destinados á la Majestad Eterna de su Verbo, que había de hacerse hombre en la plenitud de los tiempos.

En el firmamento de esta creación más noble, procede naturalmente según el orden de analogía, que si hay nueva tierra y nuevos cielos creados por Dios, ha de haber nueva luz y nuevos luminares que lo adornen y esclarezcan. El astro del día, en el orden natural centro de atracción, la ejerce universal sobre los planetas de su alcance, que hace girar en derredor suyo. La luna sobre el horizonte de la tierra, irradia su apacible luz en todo el hemisferio que domina, disipando la obscuridad de la noche, y alumbrando la senda que seguirse deba.

El Sol de Justicia, elevando la metáfora, Jesucristo Dios y hombre es el centro atractivo, no de un orden ó sistema parcial como el astro del día, sino de todo el universo, ofreciendo á Dios el homenaje de todas las criaturas, é inclinándose reverente con ellas ante la inmensa Majestad.

¡Sublime espectáculo, sorprendente á los mismos ángeles y digno sólo del Dios tres veces Santo! Jesucristo, llevando en sus sienes la corona de honor y de gloria, y en su diestra el cetro de todo poder en el cielo y en la tierra, y adorando al Supremo Criador del universo con todos los séres; he aquí el colmo de toda grandeza y magnificencia mostradas de lejos al profeta en los nuevos cielos y tierra nueva, que describe en el Cap. 66.

¿Mas quién ha hecho nacer en esa nueva creación la luz indeficiente? ¿Por quién existe ese grande luminar que da calor y luz, que atrae y somete á toda criatura, inclinándose con respetuosa adoración ante el acatamiento de Dios? ¿Por quién ha ejercido el Señor el supremo dominio, y se han dado el ósculo de paz la justicia y la atracción irresistible de su misericordia? La respuesta consignada está en los principios fundamentales de la enseñanza católica que aplica á la Virgen Santísima aquellas palabras del Eclesiástico: *Yo hice nacer en el cielo la luz indeficiente;* las del cántico de la Misa: *Difundió en el mundo la luz eterna;* y consta en el dogma santo de su maternidad divina, proclamado solemnemente en Efeso, y sostenido sin variación en todos los siglos.

Y esa atribución que en el plan divino corresponde á María destinada para dar el sér de hombre al invisible, la continúa y realiza en sus aplicaciones posteriores respecto de las almas. Y si lo primero ha hecho sentir en toda la Iglesia la plenitud de su valimiento y caridad atractiva, lo segundo, es decir, los

efectos de su poderosa causalidad, y sobre todo, la que en favor nuestro ha desempeñado, es comparable al reflejo de la esencia divina, ó á los preludios de un coro inmenso de armonías desplegadas en el Tepeyac.

¡Sombras de la antigua ley, terrores del Sínai, tinieblas que envuelven á los pueblos sentados en la región de la muerte! ceded el puesto á las gratas expansiones de paternal confianza del Señor en sus más altos misterios, que Jesucristo nos ha dado á conocer como á sus amigos; y á los fulgores de su luz que en el Tabor ha mostrado á la humanidad, dejándonos traslucir esos nuevos cielos que anunció por su profeta.

Después de su Ascensión gloriosa, ha permanecido con nosotros velado bajo los accidentes eucarísticos, de una manera real aunque invisible, no sin dejarnos, durante su ausencia, en la noche oscura de la vida, esa apacible luna que reina majestuosa en el firmamento en medio de las estrellas.

Alcanzarla, en sentido literal, remontando el vuelo mas que el águila y traspasando los límites de la terrestre atmósfera, es el conato inocente de los niños, á cuyo candor infantil sonreímos, cuando quieren asirla con la mano. Es el arranque de la imaginación en los poetas, que han pretendido transportarnos á tanta distancia, y descifrar por conjeturas los arcanos allá escondidos. Eso no es posible en el orden físico, y sólo tiene aplicación en los investigables caminos de Dios, que se complace en revelarse á los párvulos, ocultándose á los prudentes y sabios del siglo. Pero suponer que descienda ese lumínar de la noche á la superficie de la tierra tocándola por una de sus extremidades, para exhibirse á las investigaciones humanas, no creo que haya entrado en el cálculo más atrevido; y si contra toda

expectación hubiera tenido lugar ese fenómeno sorprendente, hubiera dejado huellas memorables que con avidez visitaría el viajero, llevando consigo sus observaciones científicas, que guardaría en sus archivos con más religiosidad que los antiguos romanos sus libros sagrados, y los pactos de alianza con otros pueblos en el Capitolio.

Pues bien; lo que no ha entrado en las lucubraciones del filósofo, ni ha podido ser, atendidas las leyes naturales en el orden físico, se ha verificado entre nosotros por el singular beneficio que la caridad y misericordia del Señor nos ha dispensado, trayéndonos de las tinieblas á la luz y de los horrores de la idolatría á la religión católica de la manera más suave y decisiva. Hablo del descenso de la celestial Emperatriz á esa nueva tierra; al nuevo mundo, y no como el águila que para remontar á más altas regiones á sus poyuelos, desciende y se cierce sobre ellos, y hasta llega á tomarlos sobre sus alas, según el Deuteronomio, sino con los fulgores del cielo concentrados en la que es simbolizada en la hermosura de la luna: hablo de la aparición de nuestra augusta Madre en el Tepeyac, al concierto armonioso de una música angelical, que el dichoso neófito comparaba al gorgeo sonoro de innumerables pajarillos, y dando el aspecto de la montaña Horeb, con el reverbero de su luz á esa árida roca.

¡Venturosa México, más que otra nación! Si tú haz sido favorecida por la augusta Virgen María con su aparición gloriosa en esa montaña bendita ¿cuán incompetente será tu lengua para describir su majestuosa y brillante actitud personal? Publica, pues, con tu respetuoso y humilde recogimiento, ser una belleza que se siente, pero que no se puede explicar. Ni ¿cómo explicarse la gracia que respira esa visión divina en su continente régio y amable, en sus pala-

bras de ternura insinuante y en todos sus movimientos? Es una belleza que atrae, que arrebatada, extasiando el alma en un deliquio inefable, de que no se actúa si es en su cuerpo, ó fuera de él: si es en el tiempo, ó más allá; si es en la vida transitoria, ó en la mansión feliz de los santos.

¿Quién podrá descifrarnos los caracteres de tanta hermosura? ¿Quién podrá grabarla indeleblemente en el alma? Sólo ella misma, que adaptándose á nuestra pequeñez, y á impulsos de su amor, no queriendo que la memoria de su aparición fluctuase como los lirios del campo agitados por el viento, ni que flotase combatida por las olas de la duda, como una barquilla en mar embravecido, nos quiso dejar esa copia milagrosa y permanente, que como sabemos apareció estampada en la capa de Juan Diego, al colocar las rosas en la mesa, por orden del Prelado mexicano.

La gratísima y honrosa memoria que tuvo á bien legarnos como agraciado recuerdo de su amor en esa imagen de su augusta presencia, aparece asimilada en color al de nuestra raza para atraernos, aún por simpatías de familia, sin dejar por eso de traslucir los vivos rayos de una *limpida* luz que sólo pudo venir del cielo. Los rasgos con que quizo delinearse, nos recuerdan la visión que refiere San Juan en su Apocalipsis, pero el color de su vestido parece exhalar todavía la fragancia de las rosas. Su frente serena y de color obscuro, su mirada virginal y modesta, la pureza y precisión lineal de sus facciones que revelan una gracia inimitable; todo, señores, forma un conjunto de belleza celestial que sólo puede convenir á "La que salió de la boca del Altísimo, primogénita entre las criaturas" y de quien El mismo dice: "Toda hermosa eres, amada mía, y no hay en Tí ninguna mancha."

¡Venturosa México! Puedo segunda vez apostro-

farte; más que la ciudad santa regada con la sangre del Salvador, porque en Jerusalén al buscar sus habitantes y los devotos peregrinos á Jesucristo en el Sepulcro, al parecer oyen resonar todavía la voz del ángel que dice: "Ha resucitado, no está aquí." Suben al monte de los Olivos, y sólo hallan en la abertura circular del monumento consagrado á la memoria de la Ascensión, descubierto el cielo por donde subió triunfante el Hijo de Dios. Pasan al subterráneo de Gethsemani, cerca de la gruta de la oración, donde fué inhumado el virginal cuerpo de María, y como los Apóstoles, únicamente encuentran vacío el féretro, y los recuerdos de que ella fué en cuerpo y alma arrebatada al cielo.

Nosotros hemos sido más favorecidos, porque la inmaculada Virgen se nos ha aparecido gloriosa en el Tepeyac, y nos ha dejado en esa veneranda efigie un testimonio auténtico de su presencia y amor. Las bóvedas de su templo monumental, todavía en reedificación, no están perforadas como la *rotonda* de los Olivos, pero las ornamos con estrellas de oro en fondo azul, que reflejen su luz atractiva y su bondad maternal, porque aquí está con nosotros.

Las tradiciones mitológicas de los antiguos hablan del descenso de una diosa á los bosques de Cartago, y la exhiben con el rostro y todo el aire de una virgen al estilo de las doncellas de Esparta: en la poesía sublime de la Biblia, Milton refiere la sorpresa de Adán hablando éste á su consorte, cuando ve llegar al Edén al ángel Rafael: *Corre, ven á ver*, le dice, *lo que es digno de tu admiración*. ¿Ves aquella figura gloriosa que parece dirigirse hacia nosotros? ¿No te parece una nueva aurora que se levanta en la mitad del día?

Y bien; todo eso y cuanto más pudiera decirse, no es otra cosa que cargar el cuadro de sombras, que



hagan resaltar la belleza divina, ante cuya presencia estamos. Con pena tenemos que ausentarnos de aquí, pero antes de hacerlo, con los ojos en lágrimas bañados, y con palabras que nazcan del corazón, repetiremos, al concluir, las de un ferviente devoto suyo

¡Oh María! Vos sois más brillante que la aurora, más apacible que la argentada luna, más pura que los recién abiertos lirios, más blanca que la nieve aún no tocada, más graciosa que las rosas de primavera, más dulce que la miel, más amable que la vida, más elevada que los cielos, y más casta que los ángeles. ¡Nosotros os saludamos Santuario del Eterno; trono sublime de la divinidad!

Desde la inconmensurable altura en que el Señor os ha colocado en el cielo, y desde esta mansión que entre nosotros habéis elegido, mostraos siempre como Madre nuestra, llenándonos de bendiciones en el cuerpo y en el alma, y dándonos fortaleza en los azares de la vida, para que celebrando vuestras glorias en la tierra, lleguemos un día á asociarnos con la corte celestial, que os bendice y alaba por toda la eternidad.

AMEN.



Mrs. & Misses  
Mrs. Wright &  
Misses

Baron, Virginia  
H. W.

005